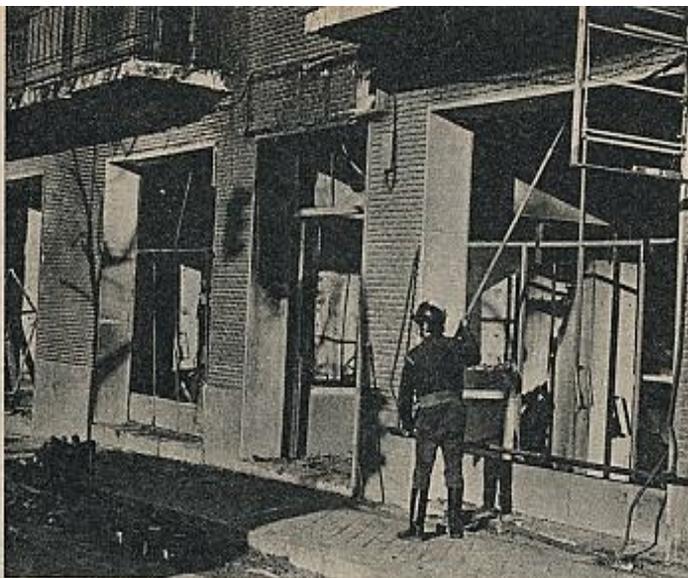


ENTRE las seis y las siete de la tarde del 3 de julio se produjo un incendio en el Edificio Cavia de la Ciudad de los Periodistas, de Madrid. Era exactamente en el piso 6.º del portal 3, en cuyo interior se efectuaban trabajos de revestimiento de madera y barnizado por puro gusto del propietario.

Cuando llegamos al lugar del suceso eran las siete y media. Un coche auto-bomba del Parque de Bomberos estaba estacionado ante el muro que separa los jardincillos de la Ciudad de la calle. Una distancia de unos 15 metros —la que media entre el pie del edificio y el bordillo de la acera— impedía que el vehículo extintor se pudiera acercar al foco del siniestro. No obstante, las mangueras eran lo suficientemente largas para superar la dificultad. Pero el coche carecía de escalera extensible. Los bomberos y las numerosas personas oficiosas que en esos momentos surgen, se pusieron a deliberar en busca de una solución. Las llamas se propagaban y crecían con fatal rapidez, saliendo por la amplia ventana de la cocina y las endeble persianas de aluminio del lavadero contiguo y el de la vivienda aledaña, cuyos elementos metálicos, lo mismo que la marquetería, se retorcieron y saltaban por la acción del fuego.

Ante la imposibilidad de penetrar en el piso incendiado por la puerta, solución que presentaba múltiples obstáculos, los bomberos echaron mano a unas escalerillas portátiles provistas de garfios, y que, en número de dos o tres, llevan adosadas al coche-bomba. Sólo alcanzan a un piso, pero pasándolas ascendientemente de uno a otro, los hombres de la manguera consiguieron llegar al balcón de la vivienda en llamas. Ahora faltaba subir hasta allí la manguera, lo que se logró con la cuerda que para estos casos llevan los hombres del Servicio. En medio del dramatismo del momento —gentes de los pisos superiores aterrizadas, cripitar de la deflagración, zumbido del aire caliente al desplazarse en violenta corriente—, la rudimentaria ceremonia de ascender a mano, artesanalmente; la salvadora espita, en la que se concentraban las ávidas miradas de la muchedumbre espectadora, adquiría un protagonismo grotesco. En un escenario de glorificación tecnológica como aquel —edificios de 17 plantas—, el espectáculo era de una comicidad chaplinesca.

Al fin, un bombero entró, a través de espesa humareda, en el piso. Salió en seguida, porque se ahogaba. Entonces no encontró otro recurso mejor para evitarlo que cubrirse boca y nariz con un pañuelo por máscara. El equipo



El jueves 18 de julio se produjo en Madrid otro incendio en la confluencia de la carretera de Aragón con la autopista de Barajas, y como consecuencia del choque de un camión-cisterna de la Campsa, que transportaba 5.000 litros de gasolina, con otros dos vehículos. El camión que transportaba el combustible volcó en plena calzada, y las llamas del incendio subsiguiente a la colisión se propagaron a cinco edificios próximos. A pesar de la magnitud del fuego, sólo el conductor del camión resultó herido de gravedad. Uno de los turismos que chocaron con el camión-cisterna, ocupado por seis personas, quedó envuelto en llamas, para terminar materialmente sepultado bajo el camión. Afortunadamente, en el momento de la colisión, las puertas se abrieron, y los seis ocupantes pudieron salir del vehículo segundos antes de que se produjera el fuego. Diez coches de bomberos fueron enviados al lugar del siniestro, al que también acudieron coches de la Policía Municipal, de la Policía Armada y diversas ambulancias.

Una señora de avanzada edad y un niño fueron rescatados por los bomberos. Una señorita, presa del pánico, optó por arrojarse al patio de su casa como consecuencia de lo cual se rompió una pierna.

NOTAS SOBRE UN INCENDIO

antigás, al parecer, le resultaba inútil. Entró de nuevo en la casa, y a través de la ventana se vio el chorro de agua empezar a apagar las llamas, cuya intensidad, entretanto, había ido en aumento. Seguían escapando por la ventana hacia los pisos superiores; los blancos muros del edificio se ennegrecían progresivamente. Los vecinos atrapados arriba empezaban a dar señales de histeria. La acción de los bomberos no lograba disipar el terror, que les embargaba cada vez más. Mujeres y niños lloraban a todo trapo; algunos hombres, nerviosos, se asomaban y se retiraban, entraban y salían de los balcones.

En este punto llega, con gran aparato de sirena y luces oscilantes, un coche-escalera, que ha de abrirse paso trabajosamente entre la muchedumbre y los coches aparcados y detenidos ante el holocausto. Pero —¡oh dolor!— se vio en seguida que era totalmente inservible, y ni siquiera se trató de desplegar las escalas. El edificio estaba perfectamente aislado de todo intento de salvación gracias a las peculiares características de su emplazamiento. Era una ciudadela inaccesible. Genialidades de la arquitectura contemporánea.

Mientras tanto, de todo el gran

despliegue bomberil, sólo dos hombres se encontraban en lucha directa con las llamas, contemplados por todo el mundo. Pronto surgió otro problema: el agua de la cuba se agotaba, no daba para más. Y el fuego, aunque ya un tanto controlado, continuaba devorando el piso y causando grandes deterioros en los contiguos y más cercanos. Se desenrolló prácticamente una manguera, que hubo que conectar, primero, con una boca de agua y después al tanque para llenarlo. Heta aquí que el agua que sale violentamente de la manguera impide al bombero que intenta empalmarla a la entrada del depósito del tanque hacerlo, y a punto está, después de haberle bañado, de derribarlo del pescante trasero del coche. Al fin, tras duros forcejeos, sólo debidos a la falta de coordinación, la operación tiene éxito. Ahora ya nunca faltará el agua, que buena falta está haciendo arriba. Hay que tener en cuenta, además, que a lo largo de todo este tiempo —casi una hora— solamente está funcionando, y sólo funcionará en el que resta, una sola manguera. Que ha hecho el milagro de extinguir totalmente el incendio algo más de una hora después.

Los bomberos, típicos representantes de la improvisación hispa-

na, estuvieron, salvo pequeños aturdimientos debidos al dramatismo del momento, francamente bien. Heroicos, como suelen.

Breves corolarios

1. El hombre de las grandes ciudades vive en ratoneras disimuladas. En el caso del incendio de la Ciudad de los Periodistas, ninguno de los vecinos que habitan en los once pisos encima del siniestrado pudo abandonar el edificio. La barrera del fuego y el humo les cerraba el paso; los cuatro ascensores y los dos montacargas, paralizados por el corte de fluido eléctrico, hicieron el resto para conseguir el total aislamiento con el mundo exterior, salvo por ventanas y balcones. Trágicas escotillas de la muerte en muchos sucesos semejantes. (Recordemos las enormes antorchas de los rascacielos de Sao Paulo, Bogotá, Buenos Aires, Nueva York, Tokio, Londres, etcétera, etcétera, de que se tiene noticia recientemente, con sus cientos de muertos.)

2. Insuficiencia e inadecuación de los decimonónicos Servicios de Bomberos ante la tecnología de hoy. Las escalas extensibles son inútiles a sólo una distancia de menos de 20 metros del punto siniestral. Al menos las llevadas en esta ocasión por los bomberos de Madrid.

3. ¿Por qué no se crean Parques de Bomberos en los principales distritos? Cuando se produce un incendio en un punto alejado, los coches tienen que atravesar la ciudad, sorteando las mil dificultades del tráfico. Los retrasos son inevitables así.

4. La mayor parte de los grandes edificios de Madrid, como los de la Ciudad de los Periodistas, carecen de escaleras de emergencia o de seguridad. No tienen más salida en caso de siniestro que la escalera principal.

5. Ninguno de los cinco edificios, que albergan 240 viviendas cada uno, cuenta con organización contra incendios ni extintores de ningún tipo.

6. Quedó destruido un piso y con grandes deterioros los que le rodean por los cuatro costados. En esta ocasión no hubo víctimas, afortunadamente, excepto un leve sofoco de un portero celoso.

7. El incendio puede volver a repetirse el día menos pensado. Esta vez no hacía viento ni había corte de agua, como ocurre algunas veces... y los bomberos llegaron bastante a tiempo. Pero, ¿qué ocurriría en caso contrario? ■ PAULINO POSADA.